

POR UN PERIODISMO POLÍTICO MODERADO

Valentí Puig

Agradezco a la Fundación Marqués de Guadalcanal la concesión de este premio Antonio Fontán de periodismo político, como agradezco las palabras tan generosas y sustanciales de Javier Gomá, quien me precede como premio Antonio Fontán, y a quien precede mi colega y sin embargo amigo Ignacio Camacho.

Recibo este premio con honor y orgullo porque Antonio Fontán, marqués de Guadalcanal, representaba y representa la magnanimidad intelectual, el periodismo responsable en libertad, los valores de la transición democrática y la lealtad a la Corona.

En sus ensayos, Javier Gomá ha reflexionado con rigor sobre nociones tan cruciales como la ejemplaridad pública y la amistad cívica. Eso era don Antonio Fontán, maestro de humanistas, líder de empresas periodísticas que dejaron huella, político de prudencia aristotélica. Viví unos años en Madrid y quien primero me dio la bienvenida fue don Antonio invitándome a almorzar. Yo había escrito y escribiría para *Nueva Revista* y en el año 2000 tuve el honor de asistir al homenaje a quien luego sería marqués de Guadalcanal. Aquel día fue más patente que nunca que Fontán era el profesor de energías de varias élites generacionales y que el espíritu de la transición y de la concordia constitucional man-

tenía su pulso vital, aunque haya quien lo ponga en duda y lo considere una fosilización. Años después, en un almuerzo en «El bodegón», don Antonio me habló con sabia medida del retorno de Tarradellas y de una política de la inteligencia. Por contraste, acomodarse a las tergiversaciones de la Historia es uno de los rasgos más corruptos de nuestro momento. Me refiero, por ejemplo, a tener emparedada la significación de Tarradellas o a bloquear la obligación política que consiste en ser inteligente todos los días. Del mismo modo, en aquel homenaje en el senado sentí cómo, a pesar de momentos de duda, todos éramos allí parte de algo que no puede quebrarse. Lo que vino después amenazaba con una quiebra, pero la idea de la libertad en la que creía don Antonio era garantía de fortaleza y esperanza porque el uso de la razón acaba por traspasar la niebla.

La amistad cívica que postula Javier Gomá se hace improbable en una sociedad que no tenga acceso a información de calidad y que no viva en un sistema que articula la opinión pública como ejercicio de pluralidad razonada. Este es un déficit que en buena parte de la sociedad española todavía necesita resolver. En una carta del año 2009, Fontán dice: «Tenemos la Corona, por la que tanto hemos trabajado algunos. Pero el público se mueve por el plano inclinado de lo fácil, en deterioro de lo que ahora se llaman “los valores”». Una vez más, don Antonio acertaba de lleno. Generar opinión pública a la altura de los tiempos no es fácil. Es más fácil decirle al lector o al telespectador lo que desea oír, lo que le sea asequible y cómodo, aunque contribuya a consolidar inercias y prejuicios. Pero esa no es la opinión pública que se merece un país con la di-

mención histórica de España y que ahora es un deber sustentar según la complejidad del panorama europeo y de un mundo globalizado, de lo contrario, relativizamos el valor de la opinión pública y acabamos por relativizarlo todo.

Tenemos ahora mismo un caso muy a mano. Con asombro observamos una disfuncionalidad en la opinión pública de Cataluña. Con todo su mundo universitario, su dinámica económica empresarial, sus medios de comunicación públicos y privados, con sus núcleos de reflexión pública y una tradición aparentemente hegemónica del europeísmo, al emerger las actuales propuestas de secesionismo, sectores no minoritarios de la ciudadanía daban por supuesto que puedes irte de España y quedarte en la Unión Europea, Y es que, inicialmente, la opinión pública dio por hecho que eso era así. Así se propaga desde la prensa, la televisión y la radio autonómica, desde todo un circuito de tribunas. Hubo dejación de racionalidad y a la vez un exceso de emocionalismo propenso a creer en una excepcionalidad catalana que permitía saltarse las reglas del juego, las de España constitucional y las de la integración europea. De todos modos, incluso en plena efervescencia, la aceptación que la idea de una independencia mirífica tiene en las encuestas, varía a la baja cuando se explica que esa independencia conduce a la salida inevitable de la Unión Europea. ¿Es algo sistémico o pasajero? En las franjas centrales de la sociedad catalana va calando el argumento de la realidad, la certidumbre de que Cataluña está en la Unión Europea porque es parte de España, y que si se separa de España se autoexcluye de una Europa integrada. Pero uno no puede dejar de preguntarse cómo

una sociedad que tiene por articulada y madura puede cometer una omisión tan aparatosa a la hora de un debate de tanta envergadura de consecuencias que pudieran ser de gravedad extrema. De nuevo, un enigma relativo, tal vez del *opinion making*. En otros tiempos, el periodista Gaziel, director de *La Vanguardia*, decía que el separatismo ha sido siempre en Cataluña una pura negación estéril. En realidad, lo poco que se obtuvo vino en todo momento por la vía de participar en la política de España. «Y el separatismo no hizo más que deshacer lo hecho, acarreado la anulación o destrucción de lo conseguido, y dejando a Cataluña desolada e inerme, sin la más vaga, sin la más remota, sin la más quimérica compensación». Para Gaziel, como para Fontán, el camino sigue siendo compenetrarse, el compromiso y el pacto. Añado, lealtad. Es la hora de un periodismo que elimine espejismos. Como corresponde a las sociedades avanzadas e inclusivas, urge una opinión pública coherente y sólida, en el pluralismo crítico. Proporcionar anclajes a la opinión pública fue uno de los empeños permanentes de don Antonio Fontán. De ahí que, más que nunca, necesitemos un periodismo político, de responsabilidad, ponderación y claridad. En fin, un periodismo y una política. ■